

# La inteligencia de las flores

MAURICE MAETERLINCK

TRADUCCIÓN DE  
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ

NOTAS DE FRANCESCO CORBETTA



Título original:  
*L'intelligence des fleurs*

Primera edición: mayo 2022

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2022 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Reguero

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-01-6

Impreso en España

Depósito legal: M-9798-2022

# La inteligencia de las flores



# I

Me limitaré a recordar aquí algunos hechos bien conocidos por los botánicos. No he hecho ningún descubrimiento nuevo, y mi modesta contribución se reduce a unas cuantas observaciones elementales. Huelga decir que no tengo intención alguna de pasar revista a todas las muestras de inteligencia que nos ofrecen las plantas, pues estas son constantes e innumerables, sobre todo en el caso de las flores, donde se concentra el esfuerzo de la vida vegetal en busca de la luz y el espíritu.

Que encontremos algunas plantas y flores torpes o desafortunadas no significa que estén completamente desprovistas de sabiduría e ingenio. Todas ellas, en efecto, se aplican en culminar su obra, y todas tienen la magnífica ambición de invadir y conquistar la superficie terrestre multiplicando hasta el infinito la forma de existencia que representan. Para conseguirlo, y a razón de la ley que las encadena al suelo, deberán vencer dificultades mucho mayores que las que desafía la multiplicación de los animales. Además, la mayoría de ellas deben recurrir a artimañas, combinaciones, mecanismos y trampas que, en el ámbito de la mecánica, la balística, la aviación o la observación de los insectos, a menudo sobrepasan las invenciones y los conocimientos del ser humano.

## II

Sería innecesario reproducir aquí, una vez más, los grandes sistemas de la fecundación floral con todo detalle: el juego de los estambres y el pistilo, el poder seductor de los perfumes, la atracción de los colores armoniosos y resplandecientes o la elaboración del néctar, absolutamente inútil para la flor y que esta solo fabrica para atraer y retener al libertador foráneo, el mensajero del amor (abeja, abejorro, mosca, mariposa o falena)<sup>1</sup> que le brindará el beso del amante lejano, invisible e inmóvil...

De este mundo vegetal que nos parece tan apacible, tan resignado, tan regido por la aceptación, el silencio, la obediencia y el recogimiento, emana, muy al contrario, la más obstinada y vehemente rebelión contra el destino. El órgano esencial, el órgano nutritivo de la planta, esto es, su raíz, la amarra al suelo de manera indisoluble. Frente a nuestra dificultad de discernir qué ley, de entre todas las que nos abruman, carga un mayor peso a nuestras espaldas, la planta no tiene dudas al respecto: la suya es la ley que la condena a la inmovilidad desde que nace hasta que muere.<sup>2</sup> Así,

---

1 No solo los insectos son mensajeros, sino también algunos pájaros como el conocidísimo colibrí, las babosas e incluso los mamíferos, como ciertos quirópteros [Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son del biólogo y botánico Francesco Corbetta (N. de la T.)].

2 En realidad, no hay que tomar esta afirmación al pie de la letra. De hecho, existen plantas inferiores, como las algas que componen el plancton, y otras como los pleustófitos —ya sean helechos acuáticos o plantas fanerógamas— que se mueven, aunque de forma pasiva. Otras algas microscópicas tienen células móviles flageladas, capaces de realizar modestos desplazamientos.

sabe muy bien contra qué debe rebelarse en primer lugar, mientras que nosotros dispersamos nuestros esfuerzos. Y la energía de esa idea fija, que surge desde las tinieblas de sus raíces para organizarse y expandirse en la luz de la flor, es un espectáculo sin parangón. Esta se consagra por entero a un solo propósito: ganar altura y escapar de la fatalidad del suelo; eludir, transgredir la pesada y sombría ley, liberarse, quebrar la estrecha esfera que la constriñe, inventar o invocar unas alas, evadirse lo más lejos posible, vencer el espacio al que la condena el destino, acercarse a otro reino, penetrar en un mundo movedizo y animado... Que lo consiga, ¿no sería tan sorprendente como si nosotros mismos lográramos vivir fuera del tiempo asignado por el destino, o penetrar en un universo liberado de las más pesadas leyes de la materia? Veremos que la flor ofrece un prodigioso ejemplo de insumisión, coraje, perseverancia e ingenio al ser humano. Si decidiéramos alzarnos contra las diversas necesidades que nos aplastan, como el dolor, la vejez o la muerte, con la mitad de la energía que despliega esa pequeña flor de nuestro jardín, cabe pensar que nuestra suerte sería muy distinta.

### III

Esa necesidad de movimiento, ese apetito de espacio en la mayoría de las plantas se manifiesta, a un tiempo, en el fruto y la flor. En el caso del fruto, ello puede explicarse fácilmente o, en todo caso, revela una experiencia, una previsión menos compleja. Al contrario de lo que sucede en el reino animal, y a causa de la terrible ley de inmovilidad absoluta, el primer y peor enemigo del grano es la cepa paterna. Se trata, en efecto, de un mundo extraño donde los padres, incapaces de desplazarse, se saben condenados a matar de hambre o asfixiar a sus retoños. Toda simiente que cae al pie del árbol o la planta está perdida, o bien germinará del modo más miserable.<sup>3</sup> De ahí el inmenso esfuerzo necesario para sacudirse el yugo y conquistar espacio. De ahí los maravillosos sistemas de diseminación, propulsión o aviación que hallamos en cualquier parte del bosque o de los campos. Entre ellos, y por no citar más que de pasada algunos de los más curiosos, están la hélice aerodinámica o sámara del arce; la bráctea del tilo; los mecanismos planeadores del cardo, el diente de león o el salsiff; los ruidosos muelles de las euforias; las extraordinarias salpicaduras de la momordica o pera de bálsamo;<sup>4</sup> el ganchillo de lana

---

<sup>3</sup> Se trata de un fenómeno biológico llamado alelopatía, por el cual un organismo produce uno o más compuestos bioquímicos que influyen en el crecimiento, la supervivencia o la reproducción de otros organismos. Este fenómeno se manifiesta de manera evidente, por ejemplo, en las nueces que caen al pie del nogal.

<sup>4</sup> La momordica, en efecto, dispersa las semillas a su alrededor, pero, según la descripción que aparece más adelante, el autor parece referirse a la especie llamada cohombri-



de las plantas zoocorias<sup>5</sup> y otros mil mecanismos inesperados y desconcertantes, pues no hay semilla que, por así decirlo, no haya inventado un proceder de lo más novedoso para evadirse de la sombra materna.

En efecto, si no estamos un poco familiarizados con la botánica, no podremos concebir el dispendio de imaginación y genio empleado en toda esa vegetación que nos alegra la vista. Fijémonos, por ejemplo, en la hermosa vaina de la pimpinela escarlata, las cinco válvulas de la alegría, las cinco cápsulas como resortes del geranio, etc. Sin olvidar, a este respecto, examinar la cabeza de la adormidera común, que cualquier herborista tendrá a bien enseñarnos. Hay en esa gorda cabeza<sup>6</sup> una prudencia, una premonición dignas de los mayores elogios. Sabemos que el interior contiene miles de granitos negros extremadamente menudos, y el objetivo es diseminar esa simiente del modo más certero y lo más lejos posible. Si la cápsula que la encierra se agrietara, cayera o se abriera por abajo, el precioso polvo negro no formaría sino un montoncito inútil al pie del tallo. Por ello, solo puede salir por las aberturas perforadas en lo alto de la envoltura. Esta, una vez ha madurado, se inclina sobre el pedúnculo, oscila al menor soplo de brisa y lanza,

---

llo amargo (*Ecballium elaterium*), también conocida como pepino del diablo, capaz de realizar una autodiseminación muy activa gracias al estallido del fruto por la presión hidrostática.

5 Entre ellas, la invasora *Bidens* o la *Dyspacus fullonum* o *sylvestris*, conocida como cardencha.

6 Cápsula, en lenguaje botánico.

literalmente y con el mismo gesto del labrador en la tierra, los granos alrededor.

Por no hablar de las semillas que presagian su propia diseminación a cargo de los pájaros y, para tentarlos, se acurrucan en el fondo de una envoltura bien dulce, como es el caso del muérdago, el enebro o el serbal.<sup>7</sup> Ante semejante razonamiento, semejante comprensión de las causas finales, huelga añadir nada más, por miedo a caer en los ingenuos errores cometidos por Bernardin de Saint-Pierre.<sup>8</sup> Y, sin embargo, los hechos no pueden explicarse de ningún otro modo. La dulce envoltura es tan inútil a la semilla como el néctar, que atrae a las abejas, lo es a la flor. El pájaro come el fruto porque sabe dulce, y así traga la semilla, que no puede digerir. Alza el vuelo y, poco después, devuelve la simiente despojada de su vaina tal y como la ha recibido, lista para germinar lejos de los peligros de su tierra natal.

---

<sup>7</sup> Destaca, entre todos ellos, el caso del muérdago, cuyas semillas diseminan los tordos a través de las heces y del gesto de limpiarse el pico. Este fenómeno inspiró el proverbio *Turdus ipse sibi malum cacat*, es decir, el tordo defeca su propia destrucción, pues del muérdago se obtenía una sustancia pegajosa, la viscina, que, esparcida en varas o palos, servía para capturar tordos.

<sup>8</sup> Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre, escritor y botánico francés (1737-1814), autor de la célebre novela *Pablo y Virginia*. Según Saint-Pierre, la naturaleza es una expresión de la providencia cuyos objetivos son satisfacer las necesidades humanas, primero, y de los animales, después. Estos últimos estarían dotados de alma racional, contrariamente a las plantas y los minerales.